

# La cultura como política: los intercambios culturales entre Europa y América Latina en los años de entreguerras

por Corinne Pernet

En 1923, el gobierno brasileño envió al joven compositor Heitor Villa-Lobos a París para promocionar en Europa la música de su país. Villa-Lobos ya era un personaje reconocido en Brasil, aunque se tratara de una figura controvertida. Cuando llegó a París, sorprendió a sus colegas declarando: “No he venido a estudiar. He venido a mostrar lo que he hecho”<sup>1</sup>. Aunque en aquel tiempo no muchos artistas jóvenes latinoamericanos se hubieran atrevido a plantear la cuestión con tanta contundencia, la ocurrencia de Villa-Lobos ilustra la idea de que las relaciones culturales entre Europa y América Latina iban en un solo sentido: se esperaba que los latinoamericanos conocieran el pensamiento y las artes europeas, pero aun los europeos más sofisticados ignoraban lo que los latinoamericanos tenían para ofrecer. En los años veinte y treinta, varios gobiernos latinoamericanos así como también miembros de las elites culturales tenían la esperanza de cambiar esta situación.

Varios factores contribuyeron a la intensa preocupación que caracterizó al período de entreguerras por la naturaleza de la cultura latinoamericana y su lugar en el mundo. A nivel político, la lucha por la independencia cubana, la guerra hispano-estadounidense y la ulterior política de potencia adoptada por Estados Unidos provocaron reacciones antiimperialistas y avivaron sentimientos americanistas. En su ensayo de 1891, “Nuestra América”, el poeta cubano José Martí sostuvo enérgicamente que América Latina debía desarrollarse, política y culturalmente, desde adentro, tomando como punto de partida su propia realidad y no modelos europeos<sup>2</sup>. A nivel filosófico, la ideología positivista que había sido dominante durante el siglo XIX y que había trazado un camino para América Latina en su búsqueda de progreso, ya había perdido su lugar privilegiado. Fue el ensayo *Ariel* (1900), del uruguayo José Enrique Rodó, el que expresó este cambio radical de actitud, exhortando a sus lectores a no caer en las tentaciones que ofrecía el utilitario y materialista Calibán (que representaba a Estados Unidos), sino a mantener en América Latina la perspectiva idealista, espiritual y estética de Ariel. Mientras que el mismo Rodó (igual que muchos de sus lectores), con el paso del tiempo juzgaría menos duramente a Estados Unidos, la caracterización de los latinoamericanos como idealistas y profundamente conectados con el humanismo resonaría por un largo tiempo<sup>3</sup>.

El hecho de ubicar a América Latina dentro de la tradición humanista europea plantearía sus propios problemas solo una década más tarde. Mientras que América Latina estaba ingresando en la arena política mundial, el prestigio de Europa, hasta el momento el referente cultural más importante, estaba severamente deteriorado por la barbarie de la Primera Guerra Mundial. Escritores y diplomáticos comenzaron a pensar con orgullo en la coexistencia pacífica de los países latinoamericanos. La futura convulsión política y cultural en la Europa de los años veinte, el ascenso del socialismo y el fascismo, también contribuirían a la necesidad de reinterpretar la relación de América Latina con Europa.

En los años treinta, un elemento más obligaría a adoptar una posición: el gobierno de Estados Unidos, en las manos del presidente Franklin Delano Roosevelt, cambió la política intervencionista a una política de “buena vecindad”. Esta política fomentó un interés en la cultura latinoamericana y ofreció recursos para intercambios culturales. Organizaciones de la sociedad civil ya habían participado de iniciativas similares durante los años veinte<sup>4</sup>. “Panamericanismo” se convirtió en el lema de los años treinta y cuarenta, poniendo el énfasis en los puntos en común de las antiguas colonias europeas en el Nuevo Mundo y en la necesidad de colaborar en todos los niveles. La idea de que las culturas americanas precolombinas, la diversidad étnica, los espacios naturales y los desarrollos políticos particulares desde el colonialismo hasta la república eran factores positivos, fue lentamente encontrando adherentes en el Norte y en el Sur. Además, Estados Unidos tenía una gran habilidad para difundir la idea de que las Américas eran el refugio en el que la democracia podía desarrollarse y ser protegida. Los latinoamericanos, aunque en un principio se mostraron escépticos, con el tiempo se fueron involucrando en intercambios culturales cada vez más profundos con Estados Unidos<sup>5</sup>. En los años treinta, el aumento de la cooperación y la profundización de las relaciones culturales entre las repúblicas americanas era una opción viable e interesante.

Sin embargo, la creciente percepción de una identidad específicamente americana no significó un repudio a la herencia europea. Durante todo el período de entreguerras, Europa siguió siendo un importante foco de atención para la elite cultural de América Latina. Esta ambivalencia está bien reflejada en las posiciones latinoamericanas en las organizaciones culturales internacionales: los intelectuales de la región estaban contentos por participar en la Sociedad de Naciones (en la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual y en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de París), pero también participaban ávidamente en las iniciativas culturales de la Unión Panamericana controladas por Estados Unidos<sup>6</sup>.

En adelante, examinaré cómo algunas destacadas figuras de América Latina y de Europa concebían las relaciones culturales entre ambas regiones durante un período crítico: mediados de los años ‘30, cuando Europa se estaba encaminando una vez más hacia una contienda militar. Tomaré en consideración los casos de dos importantes eventos culturales que se realizaron en Buenos Aires en 1936. El primero fue el Congreso Anual del PEN Club Internacional que tuvo lugar en septiembre, el segundo, un evento casi paralelo organizado por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones (IICI). El Congreso de la PEN, indirectamente, arroja luz sobre las relaciones culturales entre América Latina y Europa, mientras que en el caso del “*entretien*” organizado por la IICI el tema mismo fue “Europa-América Latina”. Reconocidos intelectuales, como el dominicano Pedro Henríquez Ureña, el escritor mexicano Alfonso Reyes y el brasileño Afrânio Peixoto, solo por



nombrar unos pocos entre los latinoamericanos, intercambiaron sus puntos de vista con personajes como Jules Romains, Georges Duhamel, Emil Ludwig, Jacques Maritain y Stefan Zweig<sup>7</sup>.

Evidentemente, el Congreso PEN se proponía celebrar la “república de las letras” y el entendimiento entre intelectuales de distintas nacionalidades y antecedentes políticos. Si bien el *entretien* de la Sociedad debía examinar críticamente las relaciones entre América Latina y Europa, la situación política de septiembre de 1936 haya probablemente llevado a que los participantes buscaran con mayor avidez un acuerdo. En ambos eventos, los oradores realizaron discursos sobre relaciones familiares para referirse al vínculo entre la filial (y joven) América Latina y Europa, la madre de la civilización. Los lazos familiares son, por supuesto, difíciles de quebrar, pero evolucionan. En estos congresos ampliamente promocionados, América Latina fue presentada como un legítimo descendiente de la civilización occidental, dispuesto a asumir la responsabilidad en caso de que Europa siguiera cayendo en el caos. La familiaridad de los latinoamericanos con autores europeos como Oswald Spengler, Paul Valéry, Romain Rolland, Henri Barbusse y Jacques Maritain, solo por nombrar algunos, creaba un terreno común<sup>8</sup>. Los intelectuales latinoamericanos, aun manteniéndose dentro de un discurso familiar, no solo postulaban la adulez de América Latina sino que también desplazaban las fronteras de la civilización occidental reclamándola para ellos mismos sin excluir la herencia indígena o africana. Los latinoamericanos demandaban un nuevo humanismo que encajara con su experiencia. Los europeos, sin embargo, estaban más interesados en el compromiso filial con la cultura occidental. No obstante, estos congresos constituyeron un momento de acercamiento entre Europa y América Latina antes de que Estados Unidos emergiera como el gran líder durante la Segunda Guerra Mundial.

### El encanto de las sirenas: Europa y Estados Unidos

A lo largo de todo el siglo XIX, Europa, especialmente París, había sido uno de los destinos preferidos por los hombres públicos y escritores latinoamericanos. A finales de siglo, los miembros de las elites latinoamericanas contaban con recursos para sostener prolongadas estancias en Europa. Los gobiernos latinoamericanos también tenían la tendencia a nombrar escritores para sus puestos diplomáticos en Europa, donde combinaban su oficio con las tareas oficiales. Muchos artistas y escritores consideraban que pasar un tiempo en París era indispensable para su desarrollo artístico. Durante este período, la colonia de escritores latinoamericanos en París contaba con la presencia de Rubén Darío, los hermanos Calderón de Perú, el venezolano Rufino Blanco y Enrique Gómez Carrillo de Guatemala. Justo antes de la Primera Guerra Mundial, el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide y el mexicano Alfonso Reyes llegaron a París, y luego de la guerra, el influjo continuó. En los años veinte, las mujeres se abrieron lentamente camino en la comunidad latinoamericana. Gabriela Mistral iba con frecuencia a París (aunque vivió principalmente en el sur de Francia y en Italia), la cubana Lydia Cabrera y su amiga venezolana Teresa de la Parra formaron parte del círculo, y las visitas de la escritora argentina, y más tarde editora, Victoria Ocampo eran también asiduas<sup>9</sup>.

Muchos escritores de la colonia latinoamericana en Europa se volcaron hacia argumentos latinoamericanos durante su estancia. Miguel Ángel Asturias publicó *Leyendas de Guatemala*, mientras que Lydia Cabrera se sumergió en la cultura afroamericana en *Cuentos negros*. Alfonso Reyes, por su parte, aunque era un voraz lector de autores europeos y mantuvo una cercana amistad con Paul Valéry, Jules Romains, Enrique Díez-Canedo y José Ortega y Gasset, escribió en Europa su *Visión de Anáhuac*<sup>10</sup>. Teresa de la Parra pasó de su escandalosa heroína urbana moderna *Ifigenia* a *Las memorias de mamá blanca*, recuerdos de su niñez en una estancia de las afueras

Mientras que América Latina estaba ingresando en la arena política mundial, el prestigio de Europa, hasta el momento el referente cultural más importante, estaba severamente deteriorado por la barbarie de la Primera Guerra Mundial. Escritores y diplomáticos por igual comenzaron a pensar con orgullo en la coexistencia pacífica de los países latinoamericanos. La futura convulsión política y cultural en la Europa de los años veinte, el ascenso del socialismo y el fascismo, también contribuirían a la necesidad de reinterpretar la relación de América Latina con Europa.

de Caracas<sup>11</sup>. El público europeo era en aquel tiempo muy receptivo respecto a los relatos sobre tierras extranjeras. Incluso un intelectual ilustre como Paul Valéry reconoció el encanto de lo desconocido en su prefacio a las *Leyendas de Asturias*: “me han dejado traspuesto. Nada me ha parecido más extraño [...]”<sup>12</sup>. Muchos latinoamericanos residentes en Europa estaban muy conscientes -y a veces cansados- de ser considerados exóticos, sin embargo, tomaron seriamente su rol de embajadores culturales. Publicaron artículos periodísticos, ofrecieron conferencias públicas y también intentaron acercar América Latina a sus colegas<sup>13</sup>. Durante los años veinte, había muchos periódicos de habla francesa que se ocupaban de América Latina, entre ellos la *Revue hispanique* y *La revue de l'Amérique latine* (editado por los hermanos Calderón), que ofrecían una tribuna a muchos escritores latinoamericanos<sup>14</sup>. Pero el fracaso de este último, en 1933, señalaba un interés cada vez menor en América Latina a medida que empeoraba la situación en Europa y la atención se volvía hacia temas políticos. Pocos años más tarde, la poetisa chilena Gabriela Mistral comentaría a su colega uruguayo Emilio Oribe: “Europa, Oribe, nos entiende muy poco y parece que no se ocupará de la América sino cuando ella comience a despegarse”<sup>15</sup>. Este sentimiento de negación nutrió a la corriente americanista que se extendió por las Américas en los años treinta.

Sin embargo, un buen número de escritores latinoamericanos permanecieron profundamente inmersos en la cultura europea durante aquellos años. La argentina Victoria Ocampo, quien fundó la revista *Sur* en 1931, fue un ejemplo de esta tendencia. Su publicación estaba en gran medida enfocada en Europa. “¡Volver la espalda a Europa! ¿Siente el ridículo infinito de esa frase?”<sup>16</sup>. *Sur* publicó a autores latinoamericanos, pero no se especializó en la literatura regionalista que surgía por aquellos años. Escritores como el peruano Luis Alberto Sánchez criticaban duramente a Ocampo por su “eurocentrismo”. Aun su gran amiga, Gabriela Mistral, reprobaba su excesiva concentración en Europa, reprochándole: “algunos de nosotros, preocupados por una América como un todo, te necesitamos y tendemos a sentir que tu nos pasas de largo”<sup>17</sup>. Sin embargo, a través de sus muchos contactos personales, Victoria Ocampo jugó un rol importante en la difusión de los pensadores argentinos en el exterior.

Los intelectuales argentinos estaban especialmente decididos a mantener un estrecho contacto con Europa. A comienzos del siglo XX, Argentina estaba a la par de muchos países europeos en términos de riqueza y ostentaba una activa vida cultural. Luego de la Primera Guerra Mundial, los intelectuales argentinos estaban deseosos de mostrar que había algo más que tango en el país, que se había vuelto un furor en Europa. Cuando la IICI se constituyó con una docena de miembros, el poeta argentino Leopoldo Lugones fue elegido en 1924 como el único representante de América Latina. En la comisión, trabajó con Henri Bergson, Marie Curie y Albert Einstein entre otros, y desarrolló medidas para fomentar el intercambio y el entendimiento entre intelectuales<sup>18</sup>. De regreso en Argentina, es-

critores e historiadores impulsaron la institucionalización de la vida intelectual: el año 1931 vio la fundación de la Academia Argentina de Letras así como también la apertura de la filial argentina del PEN Club. Con mucha confianza en sí misma, se propuso esta filial para hospedar el Congreso Internacional PEN cuatro años más tarde.

### Los encuentros de 1936 en Buenos Aires

PEN Internacional, fundada en 1921, era una organización de escritores dedicada a la “buen entendimiento y el respeto mutuo entre naciones”. Si bien tuvo desde sus inicios un carácter internacional, entre 1923 y 1935, PEN Internacional solo había realizado sus congresos anuales en Europa. ¿Por qué, entonces, el Club PEN decidió, hacia mediados de los años treinta, realizar su conferencia en Buenos Aires? En primer lugar, la facción británica dominante reconocía que la membresía se había extendido más allá de Europa: siete países latinoamericanos contaban ahora con filiales del club (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, México y Uruguay)<sup>19</sup>. En segundo lugar, en la década del treinta, la presunta posición apolítica del Club PEN había convertido al Congreso en un acto de equilibrio: ¿cómo abordar la cuestión de la quema de libros y la exclusión de los judíos y de los indeseables políticos desde el PEN alemán? En 1936, la Guerra Civil española sumó dramatismo y puso mucha presión para que los intelectuales asumieran una posición. De este modo, la idea de realizar el congreso en un territorio “neutral” en lugar de hacerlo en Europa pudo haber resultado atractivo para los líderes de la organización. En ese momento, también existía una oferta muy tentadora realizada por el gobierno argentino, que había propuesto poner el edificio de la municipalidad a disposición del congreso, albergar de manera gratuita a los delegados internacionales en el City Hotel y cubrir 300.000 pesos de los costos del congreso. Antonio Aita, secretario del Club PEN, y Carlos Ibarguren, miembro del club, escritor nacionalista y alguna vez candidato presidencial, habían hecho uso de sus contactos en el ministerio de relaciones exteriores para hacer posible esta generosidad. En el medio de la llamada “década infame”, caracterizada por el fraude electoral, la represión y la corrupción, el gobierno argentino dio cierta importancia al congreso. El presidente Agustín P. Justo y su canciller Saavedra Lamas estaban decididos a reinsertar a Argentina en la comunidad internacional y reincorporaron al país a la Sociedad de Naciones en 1933. Eventos como el Congreso del Club Pen y el *entretien* patrocinado por la Sociedad reforzarían la imagen de Argentina en el exterior<sup>20</sup>. Así, el presidente Justo estuvo presente en la ceremonia inaugural. También recibió a los delegados en un encuentro personal la mañana siguiente y los convidó con un almuerzo en la casa de gobierno. Un programa de recepciones y excursiones impresionaría favorablemente a los delegados extranjeros<sup>21</sup>.

El Congreso atrajo notablemente la atención de los medios tanto en Argentina como en el exterior. Entre los más de noventa dele-

gados e invitados de honor provenientes de treinta y nueve países, había algunas figuras muy destacadas. Francia y España estaban bien representadas, con Jules Romains, Georges Duhamel, Jacques Maritain, Jules Supervielle, José Ortega y Gasset y Enrique Díez Canedo. La cultura alemana en el exilio estuvo representada por Emil Ludwig. Entre los más destacados delegados de América Latina se encontraban Alfonso Reyes, Emilio Oribe, Alcides Arguedas, Manuel Galvez, Eduardo Mallea y Baldomero Sanín Cano. Sin duda, la tensa situación política contribuía a aumentar el interés en el encuentro.

Sin embargo, el tono del congreso de Buenos Aires había sido deliberadamente planteado en términos no controversiales por parte su presidente Carlos Ibarguren. En su discurso inaugural, se lamentó por la decadencia del humanismo y apuntó hacia la modernidad misma -puesta de manifiesto en “la machine, la vitesse, le sport”- como causa de la guerra, porque fomentan “la vie impulsive” y estrangulan “la serene speculation intellectuelle”<sup>22</sup>. Invocó a Thomas Mann, Romain Rolland y Georges Duhamel en su evaluación pesimista sobre el estado de la civilización occidental, pero aseguró a sus oyentes que él y el PEN de Argentina lucharían por todo aquello que fuera noble y espiritual.

El hecho de que el congreso se realizara en Buenos Aires dio lugar a algunas reflexiones sobre Argentina y América Latina. A primera vista, los participantes latinoamericanos parecían hablar con un devoto reconocimiento de la superioridad europea. Pero a pesar de las cordiales manifestaciones de admiración, hubo un trasfondo en los discursos que indicaba una confianza creciente en la región. Críticas abiertas o indirectas a Europa se combinaron con reivindicaciones de los aportes latinoamericanos -actuales o potenciales- a la cultura mundial. El consenso fue posible por el hecho de que la mayor parte de los escritores apelaron a varios *topoi*<sup>23</sup> en lo que atañe al nuevo mundo: juventud, utopía y la inclinación a un humanismo idealista.

Juan Pablo Echagüe, miembro de la Academia Argentina de Letras, fue representante de esta línea. Explicó la escasa riqueza en el “domaine de l’esprit” en América Latina por la juventud de sus naciones y las múltiples preocupaciones de los intelectuales para erigirlas. Citando a Goethe, prosiguió señalando el lado positivo de esta juventud: no estar agobiado por el “bagaje ancestral”. Si bien se refirió a las “antiguas culturas” paternas, hizo también referencia a una “dépendance réciproque” en los planos intelectual y moral que existían en la actualidad, desdibujando las fronteras entre los pensamientos europeo y latinoamericano. Citando con aprobación las críticas de Maritain al materialismo, Echagüe prometía que la Academia argentina mantendría su orientación hacia lo espiritual y lucharía contra la creciente corriente materialista. Ariel todavía luchaba por la vida del espíritu<sup>24</sup>.

La juventud de América Latina era también una preocupación central para Manuel Gálvez, escritor y miembro fundador de la filial argentina de PEN. Expresó su incomodidad por recibir grandes escritores y pensadores en la capital argentina: Buenos Aires, sostuvo, era una ciudad demasiado joven para el gran arte y el gran pensamiento. La cultura latinoamericana, continuó, debía todo a Europa: “Nous n’avons pas, et pour longtemps encore nous n’aurons pas de culture propre”. A pesar de estas afirmaciones, sentía que Argentina necesitaba “montrer que nous existons, que notre littérature a acquis déjà le droit d’occuper une place, à côté sinon des grandes et antiques littératures, au moins des plus jeunes de l’Europe”. Echagüe pasó luego a otro *topos*, señalando que América Latina ya era “une image, bien que naissante, de l’avenir de l’humanité, d’un avenir où les races, au moins celles de l’Occident, se seront confondues”. De este modo, se remontó a interpretaciones utópicas del Nuevo Mundo, afirmando que las Américas -con su mezcla de etnias y culturas- eran “la vision d’un monde nouveau”<sup>25</sup>.

Hacia el final del Congreso, el autor auto-exilado Stefan Zweig escribió una nota de agradecimiento al PEN Club de Argentina y al pueblo argentino: “Nous étions venus sans doute pour faire connaître nos idées, nos espérances; pourtant ce n’est pas nous qui avons donné, ni qui avons enseigné”. Utilizó los mismos *topoi* que sus



anfitriones latinoamericanos, celebrando la juventud de América Latina y el vigor de su desarrollo, pero, sobre todo, la unidad espiritual y moral con “nuestro antiguo ideal”. La carta fue aclamada con aplausos y la prensa pudo informar que América Latina estaba participando en la tarea de salvar la “civilización” o el “humanismo”<sup>26</sup>. Sin embargo, detrás de estas amables convergencias sobre las posibles contribuciones de América Latina, existían tensiones más profundas y cuestiones que comenzaron a verse más claramente en el evento organizado por el IICI.

### Europa - América Latina: invita la Sociedad de Naciones

Como en el caso del Congreso PEN, fue el intenso *lobby* de la delegación argentina el que llevó el encuentro de la Sociedad de Naciones a Buenos Aires. Este “entretien” fue el primer evento organizado por el IICI fuera de Europa. Si bien muchos latinoamericanos preocupados por los asuntos internacionales se habían entusiasmado en un principio con la Sociedad, que esperaban fuera un contrapeso de Estados Unidos, estaban de algún modo decepcionados por la profunda atención puesta en los problemas europeos de posguerra. También en el seno de la IICI, incorporar a la comunidad de intelectuales europeos parecía ser la prioridad más alta. Esto no es sorprendente, puesto que la creación de una conciencia europea había sido una importante preocupación para activistas del IICI tales como Paul Valéry o Georges Duhamel<sup>27</sup>.

Cuando Gabriela Mistral, la poetisa chilena, fue designada como miembro de la Comisión del IICI sobre Artes y Letras, quiso poner un contrapeso. Convenció al comité de comenzar con la traducción de una serie de trabajos latinoamericanos, la *Collection ibéro-américaine*, que sería, sin embargo, financiada por los gobiernos latinoamericanos y por contribuciones privadas. Una comisión que

informal, integrada por escritores latinoamericanos y europeos<sup>28</sup> seleccionó los trabajos que serían traducidos, definiendo así el canon de la Sociedad de obras latinoamericanas para ser consumidas en Europa. Hasta 1940, una docena de libros habían sido publicados, entre el *Facundo* de Sarmiento, *América* de José Martí, el *Martín Fierro* de José Hernández, trabajos de Machado de Assis, ensayos de Eugenio María de Hostos. Como consecuencia de la insistencia de Gabriela Mistral, la serie publicó también un libro sobre el folklore chileno y otro sobre tradiciones peruanas. El hecho de que ambos trabajos hubieran sido recibidos con más entusiasmo que los otros por parte del público, es indicativo de la tendencia europea a apreciar mucho lo exótico o lo primitivo de América Latina<sup>29</sup>.

Solo hacia mediados de la década del treinta, cuando la situación política en Europa se volvía cada vez más dramática, la Sociedad aumentó la búsqueda de apoyo fuera de Europa. El director del IICI, Henri Bonnet, reconoció indirectamente la fijación por Europa y explicó de manera un tanto apologetica que había llegado el tiempo de "reajustar las ruedas de un delicado mecanismo" y solicitar la ayuda de "las fuerzas espirituales de las repúblicas libres de América" en la empresa del entendimiento y la paz<sup>30</sup>. Como base para esta mesa de discusión sobre las relaciones culturales entre Europa y América Latina, el IICI había solicitado un discurso a dos intelectuales: Georges Duhamel de Europa y Alfonso Reyes de América Latina. La comparación de estos discursos ofrece una idea de las prioridades y la percepción mutua.

Duhamel, un veterano de los *entre-tiens* del IICI, presentó un breve discurso de tres páginas. Para él, Europa y América Latina pertenecían a "una sola y misma civilización". En una oración reconocía que en algunos sentidos -no especificados-, el "viejo espíritu europeo" había padecido una metamorfosis o transubstanciación en las Américas. Expresó su alivio por el hecho de que América Latina no hubiera dado la espalda a Europa (como, en su opinión, había ocurrido durante los años veinte) y elogió la moderación que había llevado a América Latina a replegarse. Si dijo poco sobre América Latina, Duhamel dijo aun menos sobre Europa: la cultura europea y sus problemas no requerían ninguna elaboración.

En septiembre de 1936, las especificidades de las culturas europea y latinoamericana eran irrelevantes para Duhamel. En ambos continentes, sostenía, los pensadores estaban denunciando la "superstición del progreso" y la fe ciega en la tecnología y defendían "el antiguo humanismo occidental" para el reestablecimiento del genio creativo necesario para evitar la perniciosa discordia. Si Europa, la cuna de la civilización, se auto-destruyera, habría llegado entonces el momento de que

América Latina protegiera la civilización occidental. Estaba seguro de que en América Latina "la llama sagrada será alimentada, honrada y protegida contra las tempestades"<sup>31</sup>. La idea del Nuevo Mundo como un refugio para la civilización occidental en el caso de una nueva conflagración europea había ganado fuerza en las Américas durante los años treinta. En la versión de Duhamel, sin embargo, este rol se limitaba a América Latina. Como muchos de sus contemporáneos europeos y latinoamericanos, mantenía una profunda desconfianza respecto a Estados Unidos, donde percibía que la tecnología y el materialismo estaban sofocando a la humanidad. Así, la mayor preocupación de Duhamel era el futuro de la civilización occidental. América Latina era de interés porque podía jugar un rol para salvaguardarla<sup>32</sup>.

Alfonso Reyes, el escritor y diplomático mexicano, que había pasado algunos años en Madrid y París antes de regresar a América Latina, presentó un ensayo muy desarrollado que fue publicado ese mismo mes en la revista *Sur* bajo el título de "Notas sobre la inteligencia americana"<sup>33</sup>. Su contribución mostraba los años de reflexión de un hombre que, a pesar de identificarse con la herencia greco-latina, estaba profundamente preocupado por definir el lugar de América Latina. Con leve ironía presentó su propia percepción acerca de los latinoamericanos durante el siglo XIX, caracterizada por el desánimo por haber nacido americanos (no europeos) y españoles (no anglosajones), y por vivir en una mera "sucursal" de la cultura. Según Reyes, estas miradas de auto-desprecio tenían que desaparecer.

Refiriéndose a la situación de mediados de los años treinta, Reyes advirtió que América Latina estaba siendo cortejada: "las sirenas de Europa y las de Norteamérica cantan a la vez para nosotros". En el espíritu de Rodó, Reyes sostuvo que "la inteligencia de nuestra América [...] parece que encuentra en Europa una visión de lo humano más universal, más básica, más conforme con su propio sentir"<sup>34</sup>. Sin embargo, las reflexiones de Reyes iban más allá de simples cuestiones de lealtad. Brevemente, indagó la relación entre América Latina y Europa con mayor profundidad.

También Reyes recurrió a aparentes dificultades propias de la juventud, a su estatus de recién llegado:

Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente.

Sin embargo, en lugar de interpretar esto como un defecto irremediable, Reyes cuestionó luego el modelo mismo de desarrollo cultural europeo:

[...] Pero falta todavía saber si el ritmo europeo -que procuramos alcanzar a grandes zancadas, no pudiendo emparejarlo a su paso medido- es el único "tempo" histórico posible, y nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contra natura.

Aunque deja abierta la cuestión, Reyes parece juzgar con optimismo la posibilidad de



que América Latina "alcance" a Europa.

Con relación al "problema" de la población mixta en términos étnicos, Reyes, como muchos de sus contemporáneos, era un firme partidario de la raza cósmica de Vasconcelos y sostenía que "la laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea". Reyes mostró un rostro extremadamente indulgente frente a las relaciones entre razas durante la colonización (supuestamente los misioneros "abrazaban con amor a los indios", los conquistadores "supieron encender el amor de las indias"), y entonces, se estableció una gran divergencia entre América Latina y Estados Unidos. Reyes decía aborrecer la segregación étnica y el trato de los extranjeros como si fueran seres exóticos ("No nos agrada considerar a ningún tipo humano como mera curiosidad o caso exótico divertido"), y explicó que la aversión respecto a Estados Unidos proviene

"Panamericanismo" se convirtió en el lema de los años treinta y cuarenta, poniendo el énfasis en los puntos en común de las antiguas colonias europeas en el Nuevo Mundo y en la necesidad de colaborar en todos los niveles. La idea de que las culturas americanas precolombinas, la diversidad étnica, los espacios naturales y los desarrollos políticos particulares desde el colonialismo hasta la república eran factores positivos, fue lentamente encontrando adherentes en el Norte y en el Sur. Además, Estados Unidos tenía una gran inclinación hacia la difusión de la idea de que las Américas eran el refugio en el que la democracia podía desarrollarse y ser protegida.

en parte de su severo régimen racial.

En el argumento de Reyes, aun la frecuentemente reprobada falta de originalidad se convertía en una ventaja. Los latinoamericanos estaban acostumbrados a "manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia" y, por lo tanto, tenían un especial talento para ofrecer síntesis. Además, la falta de especialización y la intervención de intelectuales y escritores en el proceso de construcción del estado habían conducido a una particular configuración cultural. Reyes afirmaba que "hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano", que también se caracterizaba por su internacionalismo, pacifismo, y capacidad para resolver conflictos en un plano diplomático<sup>35</sup>. Como los argentinos en el Congreso PEN, Reyes invocó otra vieja cualidad de América Latina: su idealismo y su búsqueda de utopías, de la "república feliz"<sup>36</sup>. Habiendo enumerado así todas las virtudes de la cultura latinoamericana, Reyes lanzó su famosa petición a sus colegas escritores: "reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros."<sup>37</sup>

Aunque diplomático, Reyes fue más allá de las amables declaraciones de falta de mérito y reclamó que América Latina fuera considerada seriamente, como un adulto. ¿Pero cómo recibieron sus pensamientos sus colegas latinoamericanos y los invitados europeos? El ensayo de Duhamel insinuaba que en el terrible 1936, los intelectuales europeos estaban listos para contar con América Latina para defender la civilización occidental, pero como revelaron las discusiones en Buenos Aires, esta confianza no se basaba en una idea clara acerca de lo que era América Latina. Entre los europeos presentes, Stefan Zweig, Jacques Maritain y Jules Romains admitieron que no conocían mucho la cultura latinoamericana. Su interés en el coloquio parece haberse centrado en recibir una definición ajustada de la cultura latinoamericana para evaluar mejor el rol que podría llegar a desempeñar en aquellos años de incertidumbre. El español Enríque Díez Canedo y el nacionalista catalán Joan Estelrich claramente conocían mejor América Latina, pero eran también más críticos y

sensibles a lo que ellos percibían como una crítica injustificada hacia Europa<sup>38</sup>.

Sobre la cuestión de la influencia de la población indígena, las miradas de los latinoamericanos fueron divergentes. Carlos Ibarguren reafirmó la identidad europea, relegó las civilizaciones precolombinas a la esfera de la arqueología y se esforzó en mostrar que aun en las altas cumbres de los Andes, la cultura popular, como por ejemplo el canto folklórico, podía rastrearse en las tradiciones españolas<sup>39</sup>. El dominicano Henríquez Ureña<sup>40</sup>, por el contrario, consideró que tanto la cultura indígena como la afroamericana estaban bien representadas en la vida cotidiana, aunque reconoció que la cultura indígena más elevada no sobrevivió a la embestida de la conquista. Reclamó más investigaciones sobre cómo se habían fusionado las distintas influencias culturales, tomando como ejemplo las alteraciones de las canciones y danzas europeas que habían adoptado distintas formas en las Américas. Además, sostuvo que desviarse del modelo europeo podía ser una ventaja: en la aclamada arquitectura colonial barroca, las influencias indígenas resultaron en una mejora<sup>41</sup>.

Existía consenso respecto a la "juventud" de la cultura europea en América Latina, pero discrepancias en lo que se refiere a lo que implicaba esa juventud. Henríquez Ureña observaba que en América, la tradición europea no había encontrado "riqueza de suelo y ambiente", pero argumentaba que Martí y Darío habían logrado obras que expresaban independencia de pensamiento. El argentino Juan Terán era más reticente: la cultura latinoamericana aparecía siempre como una "hija y contemporánea de su cultura madre", lo que según él era un problema. En su opinión, absorber cultura y tecnología no tenía los mismos beneficios que crearla. Los latinoamericanos, sostenía, confundían los productos de la cultura con la cultura misma. Reclamaba más desinterés, ascetismo y espiritualidad, no tecnología y cultura importadas, para un verdadero desarrollo cultural<sup>42</sup>. Para Reyes, esto estaba claro: América había atravesado un proceso acelerado y estaba ahora a la par de Europa en términos culturales, aunque coincidía en que en términos científicos América Latina no podía aun competir con Europa<sup>43</sup>. Mientras que no todos estaban de acuerdo con la

madurez de la cultura latinoamericana, su juventud y perspectiva idealista eran percibidas como una gran ventaja frente a la vieja y cansada Europa que se estaba cerrando sobre sí misma.

Sin lugar a duda, se destacó en las discusiones el desencanto respecto a Europa. Como señaló con astucia Pedro Henríquez Ureña, Europa no había mostrado demasiado interés en América Latina, sencillamente porque América Latina no era lo suficientemente poderosa como para generar curiosidad<sup>44</sup>. Afranio Peixoto fue un paso más allá. Evadiendo por una vez las metáforas familiares, lamentó la creciente distancia entre "nuestros maestros y amigos del continente europeo", pero sostuvo que esto era culpa de Europa: "si Europa continúa ignorándonos, quizá terminemos por buscar entre nuestros vecinos y amigos las incitaciones que hasta ahora sólo llegaban del Viejo Mundo"<sup>45</sup>. El "vecino" era, por supuesto, Estados Unidos, por entonces aumentando su influencia en Brasil.

Además de la percibida desatención respecto de América Latina, los observadores del otro lado del Atlántico notaron una decadencia en los valores, por una parte, y un excesivo nacionalismo, por otra, que habían llevado a la Primera Guerra Mundial y, posiblemente a una nueva confrontación. Reyes, Henríquez Ureña, los argentinos Carlos Ibarguren y Juan Terán sostuvieron que Europa se había desviado del humanismo y había traicionado su herencia greco-latina. Además, expresaron su preocupación sobre la incapacidad europea para resolver conflictos sino a través de la guerra. Con cierto orgullo, señalaron que el arbitraje internacional había mostrado buenos resultados en las Américas<sup>46</sup>. Aunque Duhamel y Maritain, en particular, compartían este pesimismo sobre el futuro de Europa, otros reaccionaron con un visible enojo frente a la insinuación de una decadencia cultural y su camino hacia una nueva guerra. La reacción del escritor catalán Elterich a estas denuncias fue áspera: "es posible que Europa tenga la peor política; pero es todavía la parte de la humanidad que tiene la mejor inteligencia"<sup>47</sup>. Que Estelrich haya elegido el término "inteligencia" -el mismo que Reyes había utilizado en su ensayo "Notas sobre la inteligencia americana"- muy probablemente no

haya sido una coincidencia. El menosprecio reveló otra fractura en el *entretien*.

Separar la política de la posición de los intelectuales fue una estrategia que dejó un margen para el consenso entre la mayor parte de los conferencistas. Con la excepción del poeta italiano Giuseppe Ungaretti, quien también trabajaba como agregado de prensa para el ministerio de asuntos exteriores italiano<sup>48</sup>, todos los participantes del *entretien* compartieron inquietudes sobre el rumbo de la cultura europea. Intelectuales de ambos lados del Atlántico pudieron oponerse al estado de la política europea, todos pudieron citar a Henri Barbusse, Romain Rolland, Paul Valéry y pronunciar perspicaces valoraciones sobre el estado de la cultura europea. Sin embargo, en la perspectiva de los europeos, nada de esto volcaría el balance general del poderío intelectual.

### Conclusiones

El último día de la conferencia, un participante que no había intervenido en las discusiones de los días precedentes, Emil Ludwig, escritor alemán de origen judío cuyos libros habían sido quemados en Alemania, reprendió a sus colegas señalando que era urgente “no solo hablar del humanismo, sino también defenderlo”<sup>49</sup>. Fue un crudo retorno a la realidad de 1936: a una Alemania que se encontraba bajo las leyes raciales y la ocupación de Renania por las tropas de Hitler, la guerra civil en España y la invasión italiana a Etiopía. La frustración de Ludwig era comprensible. Sin embargo, este espantoso trasfondo aun condicionaba mucho los encuentros de Buenos Aires entre los intelectuales de Europa y América Latina en septiembre de 1936. En su mayor parte se caracterizaron por su énfasis en la herencia común y una voluntad de armonía que pocas veces fue perturbada por declaraciones controvertidas. Si bien aparentemente los europeos no estaban demasiado preparados para acceder a la demanda de Reyes por la “ciudadanía universal” de América Latina, veían en esta región “la gran reserva de la cultura occidental”<sup>50</sup>.

Los latinoamericanos, a su vez, siguieron la estrategia de poner énfasis en su pertenencia a la civilización occidental, articulando sus comentarios en términos de organicismo y genealogía. Algunos escritores, como Reyes y Henríquez Ureña, combinaron sus metáforas orgánicas de la familia y el crecimiento con conceptos de apropiación selectiva, afinidad, y (exitosas) divergencias del modelo europeo. Un cambio desde las construcciones esencialistas hacia ideas más contingentes sobre América Latina, aun recargadas de idealismo, se hacía evidente en estas posiciones. La discusión sobre la relación entre América Latina y Europa y su lugar en la civilización occidental había dado un nuevo giro y con-

tinuaría en muchos otros encuentros. Pero a comienzos de la década del cuarenta, las dos sirenas -Europa y Estados Unidos- ya no cantaban para América Latina. El momento de acercamiento entre intelectuales con una inclinación humanista finalizaba, pero las cuestiones planteadas seguían vigentes. Serían abordados en el período de posguerra por una nueva generación de intelectuales latinoamericanos.

### Notas

<sup>1</sup> Villa-Lobos había participado activamente de la Semana de arte moderna y era enérgicamente resistido por el *establishment* musical conservador. John Ardoín, "Obituary of Villa-Lobos", en *Musical America*, diciembre de 1959, p. 45.

<sup>2</sup> Existe una extensa literatura sobre este ensayo seminal. Para interpretaciones recientes, ver Jeffrey Belnap y Raúl Fernández (eds.), *José Martí's "Our America": From National to Hemispheric Cultural Studies*, Durham, Duke University Press, 1998; o el número especial de *Radical History Review*, n. 89, primavera de 2004, dedicada a "Our Americas: Political and Cultural Imaginings".

<sup>3</sup> Para una interesante discusión sobre la génesis y la acogida de *Ariel*, ver John T. Reid, "The rise and decline of the Ariel-Caliban Antithesis in Spanish America", en *The Americas*, Vol. 34, n. 3, enero de 1978, 345-355.

<sup>4</sup> Helen Delpar, *The Enormous Vogue of Things Mexican: Cultural Relations between the United States and Mexico, 1920-1935*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1992; para una excelente revisión de la política cultural del gobierno de Estados Unidos, ver Frank A. Ninkovich, *The Diplomacy of Ideas: U.S. Foreign Policy and Cultural Re-*

*lations, 1938-1950*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

<sup>5</sup> Dado que el panamericanismo ha sido políticamente cuestionado desde los años sesenta, desafortunadamente no hay mucha literatura sobre el tema, situación que ha comenzado a cambiar recién durante los últimos años. Ver David Sheinin (ed.), *Beyond the ideal: Pan Americanism in Inter-American Affairs*, Westport/London, Praeger, 2000.

Para un estudio de caso sobre los programas musicales panamericanos, ver Corinne Pernet, "For the genuine culture of the Americas: Musical Folklore, Popular Arts, and the Cultural Politics of Pan Americanism, 1933 - 1950", en Jessica Gienow-Hecht (ed.), *De-Centering America*, New York, Berghahn Books, 2007.

<sup>6</sup> Ver C. Pernet, "Pan-Americanism, Pan-Hispanism or Cosmopolitanism? Latin American Intellectuals and the Expanding Transnational Civil Society in the Era of the League of Nations", artículo no publicado presentado en la *Conferencia anual de la Society of Latin American Studies*, Newcastle, 13-15 de abril de 2007.

<sup>7</sup> Mi principal fuente sobre la conferencia son las actas publicadas: Comisión argentina de cooperación intelectual-Institut international de coopération intellectuelle (eds.), *Europa-América Latina*, Buenos Aires, 1937.

<sup>8</sup> Entre estos, Paul Valéry y Jacques Maritain fueron quizás los más citados en ambos congresos. Sobre el impacto de Valéry en América Latina, ver Monique Allain-Castrillo, *Paul Valéry y el mundo hispánico*, Madrid, Gredos, 1995.

<sup>9</sup> Para una breve visión general sobre la comunidad latinoamericana en París en aquel tiempo, ver Paulette Patout, "La cultura latinoamericana en París entre 1910 y 1936," en Miguel Angel Asturias, *Paris 1924-1933:*



*periodismo y creación literaria*, edición crítica de Amos Segala (coord.), Madrid, Colección Archivos, 1988.

<sup>10</sup> Alfonso Reyes, para muchos el más grande humanista latinoamericano, ha sido objeto de innumerables estudios en distintos idiomas. Sobre sus relaciones con Europa, ver Barbara Bockus Aponte, *Alfonso Reyes and Spain. His Dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega Y Gasset, Jiménez, and Gómez De La Serna*, Austin/London, University of Texas Press, 1972; Paulette Patout, *Alfonso Reyes et La France (1889-1959)*, Paris, Klicksieck, 1978.

<sup>11</sup> Sobre el contexto de la escritura de las dos últimas, ver Rosario Hiriart, *Cartas a Lydia Cabrera (Correspondencia Inédita De Gabriela Mistral Y Teresa De La Parra)*, Madrid, Ediciones Torremonzas, 1988.

<sup>12</sup> Paul Valéry, "Lettre à Francis Miomandre", que fue publicada como prefacio a la primera edición francesa de 1933; Miguel Angel Asturias, *Légendes du Guatemala*, Marseille, Cahiers du Sud, 1933.

<sup>13</sup> Existe una tierna anécdota sobre Alfonso Reyes, según la cual se hizo muy amigo de Enrique Díez-Canedo porque este lo escuchaba hablar sobre México durante horas. Paulette Patout, "La amistosa triada: Valéry Larbaud, Enrique Díez-Canedo, Alfonso Reyes", Antonio Vilanova (ed.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona 21-26 de agosto de 1989, Vol. 4, 1992, p. 882.

<sup>14</sup> La *Revue sud-américaine*, editada por Pedro Lamas y después de 1914 por Leopoldo Lugones, se ocupaba principalmente de asuntos políticos y económicos.

<sup>15</sup> Carta de Gabriela Mistral a Emilio Oribe, publicada en Silvia Guerra y Verónica Zondek (eds.), *El Ojo Atravesado: Correspondencia Entre Gabriela Mistral Y Los Escritores Uruguayos*, Santiago, LOM Ediciones, 2005, p. 24.

<sup>16</sup> Victoria Ocampo, "Carta a Waldo Frank", en *Sur*, Año 1, n. 1, 1931, 16, 11. En aquel tiempo *Sur* desbancó a *Nosotros* como revista líder. John King, "Towards a Reading of the Argentine Literary Magazine *Sur*", en *Latin American Research Review*, Vol. 16, n. 2, 1981, pp. 57-78.

<sup>17</sup> Horan y Doris Meyer (eds.), *This America of Ours: The Letters of Gabriela Mistral and Victoria Ocampo*, Austin, University of Texas Press, 2003, p. 85. Una revista más "americanista" fue *Repertorio Americano*, editada por el costarricense José García Monge entre 1919 y 1959. En esta revista de amplia distribución, tuvieron lugar muchas discusiones sobre la cultura latinoamericana y su lugar en el mundo, atrayendo escritores de preferencias literarias y políticas muy distintas.

<sup>18</sup> Muy probablemente, haya sido Albert Einstein quien propuso a Lugones como miembro de la Comisión sobre cooperación intelectual. Einstein conocía al poeta por su ensayo "El tamaño del espacio", que estimuló a que los argentinos tomaran seriamente las teorías de Einstein. A su vez, Lugones había sido el responsable de traer a Einstein a Argentina en 1925. Ver Alejandro Gangui, Eduardo L. Ortíz, "Albert Einstein visita la Argentina", en *Todo es Historia*, n. 454, mayo de May 2005, pp. 22-30. El mejor trabajo sobre los programas de la Sociedad de Naciones sobre cooperación intelectual es Jean-Jacques Renoliet, *L'Unesco oubliée: la Société des nations et la coopération intellectuelle, 1919-1946*, Paris, 1999.

<sup>19</sup> R.A. Wilford, "The PEN Club, 1930-1950," en *Journal of Contemporary History*, Vol. 14, n. 1, enero de 1979, pp. 99-116.

<sup>20</sup> El evento que coronó este período tuvo lugar en diciembre de 1936 y fue, por supuesto, la Conferencia interamericana de consolidación de la paz, que contó con la presencia del presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, en Buenos Aires.

<sup>21</sup> *Christian Science Monitor*, n. 29, septiembre de 1936, 1.

<sup>22</sup> PEN Club de Buenos Aires, *XIVe Congrès International Des PEN Clubs, 5-15 Septembre 1936, Discours Et Débats*, Buenos Aires, 1937.

<sup>23</sup> *Topoi*: lugares comunes (Nota del Coordinador Editorial).

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 253-57.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 269-72.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 188.

<sup>27</sup> En general, los latinoamericanos sentían que la Sociedad de Naciones no hacía mucho por ellos, ni siquiera en el ámbito cultural. Incluso Gabriela Mistral, por mucho tiempo colaboradora de los órganos culturales de la Sociedad estaba desilusionada. Ver, E. Horan y D. Meyer (eds.), *op. cit.*

<sup>28</sup> Esta comisión estaba integrada por el poeta Mariano Brull de Cuba, los peruanos Víctor Andrés Belaunde y Francisco García Calderón, los mexicanos Alfonso Reyes y Jaime Torres Bidet, Gonzalo Zaldumbide de Ecuador, el español Enrique Díez-Canedo, los franceses Georges le Gentil y Raymond Ronze y Gonzague de Reynold, un profesor suizo de literatura.

<sup>29</sup> Archivos de la UNESCO, IICI, A.XI.11.

<sup>30</sup> Comisión argentina de cooperación intelectual-Institut international de coopération intellectuelle (eds.), *op. cit.*

<sup>31</sup> *Ibid.*, 4-5.

<sup>32</sup> Duhamel había escrito un mordaz relato sobre una estadía en Estados Unidos. Su visión sobre este país era más negativa que la de Rodó. Georges Duhamel, *Scènes de la vie future*, Paris, Mercure de France, 1930.

<sup>33</sup> El ensayo fue reimpresso en varias antologías. Algunas de las ideas principales pueden rastrearse en otro ensayo, "Un paso de América", publicado en el primer número de *Sur*, n. 1, 1931, pp. 148-159.

<sup>34</sup> Comisión argentina de cooperación intelectual-Institut international de coopération intellectuelle (eds.), *op. cit.*, p. 9.

<sup>35</sup> Comisión argentina de cooperación intelectual-Institut international de coopération intellectuelle (eds.), *op. cit.*

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>38</sup> Díez-Canedo fue un crítico influyente. Un republicano incondicional, encontró refugio en México con la ayuda de Alfonso Reyes. José María Fernández Gutiérrez, *Enrique Díez-Canedo: vida y obra*, Badajoz, Dept. de Publicaciones de la Excma. Diputación, 1984.

Joan Estelrich fue un político y escritor catalán que trabajó en la Sociedad de Naciones sobre la cuestión de las minorías nacionales.

<sup>39</sup> Comisión argentina de cooperación intelectual-Institut international de coopération intellectuelle (eds.), *op. cit.*, pp. 194-95.

<sup>40</sup> Nacido en República Dominicana, Henríquez Ureña había vivido en Cuba, México, Argentina y Estados Unidos. Su principal preocupación fue la reflexión sobre el espíritu de América Latina y su llamado para una integración de todas las tradiciones culturales inspiró a las generaciones posteriores. Pedro Henríquez Ureña, *Seis Ensayos En Busca De Nuestra Expresión*, Buenos Aires/Madrid, Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias, 1928. Una biografía accesible es Enrique Zuleta Alvarez, *Pedro Henríquez Ureña y su tiempo: vida de un hispanoamericano universal*, Buenos Aires, Catálogos, 1997.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 184-186.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 242.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 183.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 120-124.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>48</sup> Los compromisos de Ungaretti con el fascismo estaban claros, a pesar de que luego fueran subestimados. Luego de su estadía en Buenos Aires, Ungaretti se trasladó a San Pablo, donde obtuvo una cátedra de literatura italiana. Regresó a Italia en 1942, donde estuvo a cargo de una cátedra en la Universidad de Roma hasta 1959.

<sup>49</sup> Comisión argentina de cooperación intelectual-Institut international de coopération intellectuelle (eds.), p. 166.

<sup>50</sup> *Ibid.*, pp. 53-54.